

Para un desarrollo futuro de la Universidad de Costa Rica

Víctor Hugo Acuña Ortega
Profesor Emérito
Universidad de Costa Rica

La fundación de la Universidad de Costa Rica en 1940 se inscribió en un proyecto más amplio de modernización económica, ampliación de las funciones del Estado y reinención de la idea nacional costarricense. El proyecto no era radicalmente distinto del de otros países latinoamericanos que en esos mismos años querían ingresar a una nueva etapa de modernidad, sustentados en el formato llamado estado-nación. En aquella época era obvia la fuerza y el peso de los factores internacionales en el destino de los estados latinoamericanos, como fue manifiesto desde el momento de su inserción en la primera división internacional del trabajo en la segunda mitad del siglo XIX, cuando Costa Rica empezó a producir café y banano para la exportación; pero en aquel entonces el proceso de globalización del capitalismo no había llegado al nivel que en el presente tiene.

Han transcurrido casi tres cuartos de siglo y las nuevas condiciones generales del mundo están marcadas por la nueva etapa de la globalización, iniciada hace ya más de un cuarto de siglo. En tales circunstancias la reflexión sobre el quehacer futuro de la institución exige que se tome en cuenta este nuevo contexto del mundo y también del país. En efecto, por primera vez en sus historia hay sectores de la población costarricense que miran el futuro como algo ominoso; piensan que el Estado no los atiende ni promueve sus aspiraciones, y la nación a la cual

dicen pertenecer ya no les parece ni tan llena de encantos, ni tan inclusiva.

En tales condiciones el desafío mayor que enfrenta la sociedad costarricense y con ella la Universidad de Costa Rica es asegurar la viabilidad y la sostenibilidad de Costa Rica como estado-nación en la fase actual de la globalización capitalista. Esta sostenibilidad es simultáneamente práctica o material y también ética. Con este quiero decir que Costa Rica debe ser capaz de forjarse un lugar en la globalización como estado-nacional en términos económicos y también que debe ser capaz de mostrar al conjunto de su población y, en especial a sus elites, que, permítaseme la expresión un poco cursi, “Costa Rica vale la pena”, es decir, que merece el esfuerzo para que se preserve como estado-nacional, con los mayores márgenes de autonomía y soberanía que le son posibles, para no terminar siendo, ni un “estado-fallido” ni un “dominio colonial” de nuevo tipo de Estados Unidos o, la hipótesis no es descabellada, de China.

En tales circunstancias, el primer desafío para la Universidad de Costa Rica, no solo en el próximo quinquenio, sino en los próximos quinquenios es desarrollarse como una institución que opere en el marco de la globalización, es decir, que sus exigencias, en términos de objetivos y de funcionamiento, sean como las de cualquier universidad de alta calidad en el mundo actual. Por ejemplo, efectivamente, tienen razón ustedes al proponer que todo profesor de esta universidad debería ser bilingüe; también comparto su propuesta de que sus investigaciones sean publicadas en revistas científicas de verdad; o que, creo que eso no está

en su documento, que las revistas de la institución sean reconocidas internacionalmente, y no simplemente gocen de un valor local para que sus docentes puedan ganar puntos con el fin de avanzar en régimen académico. En este sentido, entiendo la globalización de la universidad no como mera inserción en redes internacionales, sino como una lógica de funcionamiento, como un referente de calidad, según el cual la institución es buena, no porque sea mejor que las universidades privadas locales o las otras universidades públicas del país, o incluso del espacio centroamericano, sino porque lo es en relación con determinados parámetros de vigencia global.

La pretensión puede parecer desmesurada y de hecho lo es, vista a la luz del pasado reciente y en una perspectiva de corto plazo. Pero es un desafío irremediable que es alcanzable en el mediano y largo plazo. En términos de trasmisión del conocimiento la meta es alcanzable, pues basta proponerse hacer una docencia actualizada y en continua renovación que vaya dando cuenta del estado del arte de los distintos campos del saber enseñados en la universidad. En términos de generación de conocimientos, la cuestión radica en identificar aquellas áreas en las cuales la institución podría ubicarse en el pelotón de punta. Como sabemos en la universidad hay unidades de investigación que ya han alcanzado ese nivel, por ejemplo, el Instituto Clodomiro Picado. Podría dar otro ejemplo: mientras trabajé aquí fui madurando la idea que en cuanto a la investigación histórica sobre Centroamérica y el Caribe nosotros estamos llamados a ser uno de los cuatro o cinco centros de peso a escala planetaria. La meta aún no ha sido alcanzada, pero sigo pensando que debe ser perseguida. De todos modos, serían esas áreas de calidad

global las que asegurarían a la universidad su inserción en el mundo y las que darían sentido y sustento a lo que ustedes plantean como internacionalización. Quizás deberían ser solo esas áreas las que impartan doctorados en la universidad, orientados en especial a estudiantes extranjeros; en todos los otros campos del saber considero que solo tendría sentido tener maestrías. De todos modos, estimo que todos quienes laboran en docencia e investigación en la institución deberían ser personas con doctorado de alguna universidad extranjera de prestigio.

Esta cuestión de la globalización de la universidad en el sentido positivo en que la he definido, implica entender que la primera tarea de la institución es contribuir a formar las elites académicas, culturales y políticas del estado-nación llamado Costa Rica. La cuestión me parece capital porque es un grave problema cuando las clases dirigentes, de un país terminan constituyendo una especie de “raza” aparte y “superior” con ningún contacto con su comunidad nacional. Creo que uno de los secretos de la Costa Rica de la segunda mitad del siglo XX radicó en que sus clases dirigentes, en su gran mayoría, fueron formadas en el país, en especial en la Universidad de Costa Rica. También si la universidad es globalizada de la manera indicada el riesgo de la fuga de cerebros se podría reducir en la medida en que personas de calidad global podrían quedarse en el país porque el país les ofrecería las condiciones que requieren. Además, ese tipo de personas podrían ser los mejores vectores de la internacionalización ya señalada. No creo que haga falta decir cuanto cuesta a un país como Costa Rica que sus mejores talentos emigren. En suma, la institución debe formar clases dirigentes arraigadas en la convicción de que “Costa Rica vale la pena”. El porvenir del país

depende de la competencia en términos prácticos y de la calidad en términos éticos de sus futuras clases dirigentes.

La cuestión de la globalización de la institución me parece muy relacionada con un asunto que no recuerdo haber visto en sus reflexiones; me refiero al papel que debe jugar la Universidad de Costa Rica en el espacio de América Central y el Caribe. Yo entendería que una primera expresión de esa voluntad de globalización de los objetivos y del funcionamiento de la institución es convertirla en líder de esta porción del espacio latinoamericano en forma consistente, deliberada y sostenida. Es conocido que los costarricenses en forma casi natural vivimos a espaldas de los otros países centroamericanos y no tenemos mucha idea de lo que puede haber entre nuestra costa Caribe y Miami. Por mi parte, considero que esa actitud es miope y nos priva de muchas posibilidades de crecimiento y proyección. En este sentido, considero que la meta a fijarse es producir conocimiento no sobre Costa Rica, sino sobre el istmo y sobre el archipiélago antillano. Trabajar en esta perspectiva regional sería una manera segura de lograr la indicada internacionalización y de establecer vínculos de cooperación con universidades de primer nivel en otras partes del mundo. Además, mucho podría hacer Costa Rica para potenciar el desarrollo de esos países si contribuyese a la formación de sectores de sus elites dirigentes. En suma, la inserción regional de la institución en el espacio latinoamericano más inmediato podría ser el primer peldaño en su camino hacia su ascenso en la comunidad global de las mejores universidades del mundo.

En relación con la inserción de la universidad en el país, no quisiera poner el énfasis en sus vinculaciones con la sociedad, sea con el mundo empresarial, sea con las organizaciones sociales y las poblaciones más pobres, sino en una reorganización total de la universidad en el sentido de su descentralización. Considero que los centros regionales de la Universidad de Costa Rica deberían convertirse en universidades en todo el sentido del término y dejar de ser lo que han sido hasta ahora, especie de satélites de la sede central, con mayor o menor brillo. La institución debería apostar a fondo por su descentralización, de modo que, por ejemplo, traslade a sus sedes regionales algunas escuelas, facultades y unidades de investigación que históricamente nacieron y se desarrollaron en la sede central. En este sentido, pienso que la institución debería convertirse en un sistema de universidades articuladas o federadas alrededor no solo de un presupuesto, sino sobre todo de un concepto, el ya propuesto anteriormente. La Universidad de Costa Rica ha sido uno de los agentes más eficaces de cambio social y cultural de este país, sobre todo en el área de la capital, pero podría serlo también en otras partes del país. La descentralización real y efectiva de la institución creo que podría ser el fundamento para un nuevo patrón de relaciones con la sociedad y la base para reconstruir las vías de la movilidad social en el país.

Para terminar quisiera plantear el tema de los liderazgos y las dirigencias en el seno de la propia institución. Durante mi vida como profesor de esta universidad ví extinguirse muchos talentos en la carrera por alcanzar puestos docente-administrativos. También fui testigo del ascenso a esa esfera de personas de talento escaso, que quedaron para

siempre allí orbitando. Siempre me ha parecido raro, es decir, errado que buena parte de quienes toman las decisiones más importantes en la institución sean personas que hace mucho tiempo dejaron de preparar y de dar clases y de hacer un trabajo de investigación propiamente dicho. Aún más, me parece que en la institución se valora más una carrera ascendente por puestos docente-administrativos que una trayectoria ascendente en el mundo científico, es decir, una carrera exitosa en el ámbito de la producción de conocimiento. No tengo la fórmula, pero me parece que la institución debería encontrar una nueva manera de seleccionar a sus dirigencias y creo que se debería premiar más enfáticamente a quienes pasan la mayor parte de su tiempo en las aulas, en los laboratorios, en el trabajo de campo, en archivos y bibliotecas, y no en reuniones, comisiones y conciliábulos. Quizás, la universidad debería considerar la posibilidad de que sus máximas autoridades sean personas que hayan hecho carrera como académicos o como burócratas de alto nivel fuera de la institución; que aporten su experiencia de circular en otros mundos y que conozcan lo que implica proponerse jugar el juego de la globalización, no como agente de sus fuerzas ciegas y opresivas, sino en favor de los intereses de este estado-nación llamado Costa Rica y de la mayor parte de sus habitantes.

25.06.2013.